

LARGO VIELO, 310.465

el
FILM
de
HOY

30
GS

GINGER ROGERS
JOAN BLONDELL
RICARDO CORTÉZ

ASI ES BROADWAY



AÑO 1

NÚMERO 5

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de programas de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

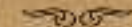
BARCELONA

ASI ES BROADWAY

(Broadway Baby)
Interesante comedia americana, interpretada por
GINGER ROGERS, JOAN BLONDELL
y RICARDO CORTEZ

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por

Hispano FoxFilm, S. A. E.

Valencia, 236

BARCELONA

Postal regalo: IMPERIO ARGENTINA

Prohibida la
reproducción

IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU 135 - TELÉFONO 76307 - BARCELONA

Así es Broadway

Argumento de la película

Todo el vagón estaba lleno de lindísimas muchachas, pertenecientes al coro de una compañía de revistas. Sonaban risas y voces argentinas, llenas de frescor y de juventud.

Entró en el coche un empleado del empresario y recogió unas fotografías que las artistas estaban contemplando. Eran los retratos de ellas vistiendo los minúsculos trajes que usaban en los escenarios.

Librándose de una lluvia de comentarios, el joven abandonó el departamento, pasando al contiguo, donde se hallaba en plan de aburrimiento mortal, Eileen, otra de las artistas, que hasta entonces había sido la "vedette" de la revista y amante de Craig Cutting, el financiero que pagaba el teatro. Para Eileen había llegado la hora de la desgracia. Craig la había licenciado, poniendo en su pues-

to a Tony Landers, una rubia joven y bonita, de la que estaba prendado, pero de la que no había obtenido todavía la menor concesión.

—Cree que eras el jefe—dijo Eileen al verte entrar.

—¿Te emocionaste?

—Me dejó plantada, ¿no sabes?

—Cosas de la vida.

—No sé cómo Craig se ha podido enamorar de Tony Landers. Cuidado que es sosa.

El empleado se despidió de ella yendo a otro departamento donde se hallaba Craig Cutting en compañía del nuevo empresario, al que había cedido todos sus derechos.

Era Craig un hombre de unos treinta años, millonario, que por "sport" estaba interesado en numerosas empresas.

Enamorado de Tony, como primera providencia la había elevado a la categoría de estrella y estaba dispuesto a que ella acabara en sus brazos. Pero era hombre que gustaba de hacer las cosas con diplomacia.

El empleado entregó los retratos a Craig y el empresario

—No vino Tony con nosotros, ¿verdad?—preguntó el empresario al no ver el retrato de la nueva estrella.

—No. Se quedó. Vendrá mañana. Creo que la esperaba un amigo, casi como su hermano—acabó Craig.

—Usted sigue prendado de ella. Le manda orquídeas, como a todas...

—Orquídeas, no. Le mando rosas. Quiero distinguirla de las demás.

—¡Muy bien hecho!

Y mientras el tren rodaba hacia una población vecina donde debía celebrarse un espectáculo de revista, Tony tenía una cita con Bob North, un chico millonario que le había prometido casarse con ella.

Bob era un muchacho bastante calavera que si accedía a casarse con Tony era porque sabía que no era

Tony de las muchachas que dan amor fuera de la vía legal. Y como Tony le gustaba, accedió a aquella decisión suprema, la que tenía un contraveneno: el divorcio.

La cita celebróse en un estudio desierto a la sazón y entre besos y caricias consiguió que Tony fuese suya. Pero inmediatamente ella le obligó a formalizar el matrimonio, a lo que Bob no puso inconveniente, con la seguridad por su parte de divorciarse cuando se cansase de su mujer.

Craig Cutting, que era ante todo y sobre todo un caballero, no podía suponer que en aquellas mismas horas, Tony, la muchacha por la que tan interesado se sentía, estuviera dando a otro hombre su corazón.

Una noche, reunidas todas las muchachas en los camerinos, hablaban sobre sus temas favoritos, casi todos el amor.

Tony hablaba con su íntima amigueta Annie, una encantadora corista.

Eileen, que había descendido a la categoría de "semi-vedette", contemplaba a la rival triunfante con ojos brillantes de ira.

Procuró, cegada por los celos, lanzar algunas violentas pullas contra Craig Cutting.

—La historia de siempre, chicas — dijo a unas amigas. Ni más ni menos que lo que me ha ocurrido a mí y ocurrirá a otras muchachas. Pero no me quejo... Craig fue muy generoso para mí... Me dio cheques, bonos, mucho dinero... Eso hace con todas y si alguna tonta cree ser la única preferida, pronto se llevará chasco...

Tony la escuchó con curiosidad. No se le ocultaba que Craig hacía algún tiempo que tenía para ella exquisitas atenciones y gracias a su protección se había elevado de aquel modo.

Ahora bien, como hombre no le importaba Craig. Ella había dado su vida a Bob y nadie más le haría sombra.

Craig era un hombre simpático, pero sólo un buen amigo de ella.

—Anda, no te descuides, Tony — le dijo Annie —. Vamos a llegar tarde.

Eileen sonrió.

—Las fiestas de Craig empiezan siempre tarde. Lo sé por experiencia.

Pero así y todo, no debemos retardarnos — indicó Tony—. Y oye, Annie, ¿crees que le molestará a Craig que lleva a Bob a su fiesta?

—Me parece que le hará poca gracia.

Una doncella entregó en aquel momento un telegrama que se había recibido para Tony.

Lo leyó un poco inquieta.

Imposible asistir esta noche. Perdóname. Nos veremos pronto. Tuyo.

Bob

—¿Qué lastima!

No te preocupes. Nos divertiremos de la misma manera sin él.

—¿Pero yo anhelo tanto su compañía!

—Bueno... Acaba de arreglarlo.

Poco después, Tony y Annie se dirigían en coche hacia

la bella mansión de Craig, en la que éste daba un solemnisimo baile.

Craig salió a recibir a las dos amigas. Entraron en una salita donde sólo estaba la orquesta.

—¿Pero está usted solo, Craig?

—No.

Y abriendo una puerta penetraron en otra sala llena de parejas que bailaban.

Annie se quedó en el salón mientras Tony y Craig iban hacia otro gabinete a la sazón solitario. Bromearon antes con cierto invitado que tenía ante una mesita una botella de licor y le hablaba a guisa de micrófono. Rieron de la ocurrencia y fueron a la salita, donde él deseaba hacerle entrega de unos bonos.

Tony era propietaria de unos bonos y Craig hacía ya tiempo que se encargaba de su negociación. En realidad aquellos bonos no daban ningún céntimo, pero el millonario simulaba que producían un importante interés y regalaba grandes cantidades a la artista.

Mientras tanto, Bob se presentaba de improviso en el teatro a recoger a su mujer.

No encontró a otra persona que Eileen, quien le acogió con burlas.

—Creo que sería mejor que llorásemos juntos.

—¿Por qué?

—Tony te dio calabazas... y Craig Cutting a mí.

—¿Qué dices?

—La verdad. Que Tony está con Craig en este momento.

—No puedo creerlo.

—Eres muy confiado. Se halla en sus aposentos... en un ambiente muy suave, como el amor que él le brinda.

—¡Ah, voy a ver a Craig, y si es verdad eso!

—Permíteme que te acompañe.

—¡Vamos!

Indignadísimo marchó Bob hacia la casa de Craig. Era posible que su esposa le engañase.

En el salón, Craig daba a Tony un talonario de cheques.

—Le he abierto cuenta corriente en el Banco. He ingresado en él todos los dividendos de sus acciones.

—¿No puede ser!—le reprochó intrigada—. Eso no procede de mis bonos. Es demasiado... Pero comprendo lo que ha pasado. Oí como lo decía Eileen. Acostumbra usted favorecer a sus amigas con bonos, ¿verdad?

El se inclinó sonriente.

No quise nienderla, pero creo que fué la manera más discreta de demostrar mi interés por usted.

—Eso es un regalo magnífico y yo no puedo aceptarlo. He estado percibiendo todo ese tiempo dinero de usted... y ahora...

No me debe usted nada. Su arte vale mucho más. Pero la he pagado así para que no se entere nadie.

Acabó Tony convenciéndose de la bondad de los propósitos del millonario.

—¡Gracias, Craig!

Pero en aquel momento se presentó Bob, quien al verlos juntos en aquella habitación desierta, exclamó airadamente:

—Dispensen que les interrumpa, ¿eh?

—¿Bob!

Y Tony corrió a su encuentro.

—Divirtiéndote, ¿eh?

—No, Bob, pero como pensé que no vendrías...

—Pues ya ves... Y ahora mismo nos vamos.

Dijo eso en tono tan amenazador, de tan pocos cumplidos, que Craig se creyó en el deber de decir, ignorando quién era aquel desconocido:

—No olvide que la señorita Tony Landers es mi invitada.

—Y no olvide usted que ella es mi esposa.

—¿Su esposa?

Y con ojos en los que brillaba el asombro, contempló a Tony, que bajó resignada la cabeza.

Pero Bob, de un manotazo, arrebató a su esposa el talonario de cheques.

—¿Qué significa eso? Craig es generoso, ¿verdad?

Tony supuso lo que pensaría su novio e intentó inmediatamente deshacer el equívoco.



—No me debe usted nada. Su arte vale mucho más.

—No vayas a creer, Bob...

—¡Basta! Me has engañado burdamente.

Y sin querer atender nuevas razones, abandonó la habitación, mientras Craig miraba a Tony que se limpiaba furtivamente unas lágrimas y le decía:

—¡Ah! Crea de veras que siento ser la causa de lo ocu-

rrido. Nunca me entrometo en asuntos de familia. Y nunca pude sospechar que usted fuese casada.

—Fué un casamiento secreto.

—Adiós, señora. No soy de los que asaltan el cercado ajeno.

Craig, fríamente, se alejó y Tony abandonó también aquella casa sintiendo sobre sí un amargor inesperado.

Al día siguiente y dispuesta a aclarar de una vez su situación con Bob, Tony se dirigió a la casa de los padres de éste, donde el muchacho vivía.

Un criado la hizo pasar a una salita. Llamaron al teléfono y apareció un caballero de mediana edad, frío y enérgico, quien simulando no haber visto a la visitante, dió varias órdenes pidiendo unos billetes para Montreal.

Después ordenó al criado acabasen de arreglar los baúles que había en la habitación, y ya se disponía a salir de nuevo, cuando Tony, nerviosa, se acercó a él.

—Soy la señorita Tony Landers... y desearía hablar con Bob.

Muy frío y muy desdenoso, le replicó:

—No es posible ver a mi hijo.

—Tengo que hablarle. No sé si ignora usted que se trata de mi marido—dijo, dispuesta a confesarlo todo.

—Lo sé. Y también sé lo de Craig Cutting.

—Precisamente vengo a hablar de eso. Soy una mujer decente y no puedo consentir que mi reputación esté en entredicho.

—Basta, señora. A Bob ya no le interesa usted.

Y sin darle nuevas explicaciones, se alejó. Tony se disponía a marchar, llorando, cuando vió aparecer en lo alto de la escalera a su marido.

Avanzó hacia él, en la expresión el antiguo amor de otros días.

—Bob! No es posible que creas nada malo de mí.

—Hemos terminado, Tony. Mi asunto está en casa del abogado.

—¿Pero vas a pedir el divorcio?

—¿Crees tú que yo puedo transigir con que mi mujer reciba dinero de otro hombre?

—Eso no es verdad. Te juro que no es verdad. Craig administraba mis bonos, pero eran míos, nada más que míos. Te juro que entre él y yo no existe nada.

Pero Bob hizo un gesto de profundo desprecio y salió, lanzado la puerta contra ella.

Tony siguió hacia la calle, llevando sobre ella el peso de su calvario.

Debía seguirlo desde aquel día en una ruta interminable. La prensa se ocupó de aquel escándalo, de la demanda de divorcio entablada entre el millonario Bob North y su esposa Tony Landers, aquella artista del Broadway. Y los periódicos aficionados a la difamación hablaban de la intervención de C. C., otro millonario, que costeaba la vida espléndida en que vivía la artista.

Oleadas de lango cayeron sobre la pobre mujer. Y cuando ella, desolada por esas noticias, se dirigió a hablar con el empresario para decirle su propósito feruísimo de renunciar a la vida teatral, se encontró con una negativa implacable.

—De ningún modo. Ahora más que nunca estás destinada a triunfar. Vas a ser famosa. Eres la comidilla de la ciudad. Déjame y te haré rica.

—No es posible. Todo ese escándalo se basa en hechos falsos, irreales.

Pero acabó por acceder. Al fin y al cabo estaba desengañada de todo el mundo. De su marido y aun del propio Craig que, hombre severo y frío, desde el día del es-



—Al fin figuras en un escándalo.

cándalo, apenas había vuelto a saludarla. Y desde aquel momento Tony no tuvo inconveniente en echárselas de mujercita loca, a quien gusta la variedad en el amor.

Cierta día Craig fué al teatro donde actuaba Tony.

En uno de los corredores encontró a Elleen, su antigua amiga, quien le dijo, como burlándose de él:

—¡Hola, Craig! Al fin figuras en un escándalo. Después de tantas calaveradas, no era para menos.

—Esto no es verdad. Si hubiese sabido que Tony era casada, no habría cometido con ella la menor imprudencia. Te lo aseguro.

Pasó Tony en compañía de unas amigas, y Craig avanzó hacia ella con profundo respeto.

—Tony, crea usted que siento de veras que las cosas hayan llegado a tal extremo... El divorcio por una tontería...

Ella le miró con indiferencia.

—Ya ve usted... Así somos en Broadway.

—Es preciso evitar escándalos, Tony. Y deseo que me ayude.

Tony, ya con gesto de inhibición para todo, contestó picada incluso en su vanidad de mujer al ver que aquel hombre retrocedía ante el temor al escándalo:

—Yo? ¿Por qué?

—En lo que debíamos hacer. ¿Quiere que el mundo crea que ha sido usted mía?

—Nada me importa del mundo ya... He decidido ser la estrella de moda y lo seré, pese a todos los escándalos. ¡Adiós, Craig!

Siguió su camino y el millonario quedó un poco aturrido ante aquel desplante.

Aquella criatura era adorable. La había querido cuando la creyó soltera, pero hoy, no podía interesarle ya. Porque no era Craig de los conquistadores vulgares que caen sobre lo prohibido. Ya era una cosa sagrada, respetable, imposible de alcanzar. Por eso él deseaba demostrar ante el Tribunal que nada había habido con Tony que pudiese justificar el divorcio. Y sin embargo, ¡oh, amargo desengaño! Tony parecía complacerse y aturdirse en aquella atmósfera de propaganda que caía sobre ella.

Bien. La dejaría en su camino. Allá ella con sus errores, con la ruta falsamente luminosa que seguía.

Craig se inhibiría igualmente en la cuestión y se alejaría de América para que su nombre sonase lo menos posible...

* * *

Aureolada por la propaganda más intensa, Tony se convirtió con vertiginosa rapidez en la estrella más famosa de Broadway.

Había triunfado con un éxito extraordinario. Su vida estaba dedicada por entero al arte. Habían pasado varios años desde que se divorciara de Bob y ahora no se acordaba de ese hombre si no era para execrar su memoria.

Nunca la quiso de verdad. Espíritu egoísta había aprovechado la primera ocasión para deshacerse de ella. Pero ella le había pagado con la misma moneda, apartándole por completo de su corazón.

Tampoco había vuelto a saber nada de Craig que se hallaba hacía mucho tiempo en Europa. A pesar de todo lo ocurrido, siempre había sentido por ese hombre cierta simpatía generosa. ¿Qué sería de él?

Tony estaba dedicada por entero a la frivolidad. Gustaba del "flirt", del cambio de amistades, del amor superficial y que pasa... Aceptaba generosos regalos, especial-

mente alhajas que hacía cambiar por otras falsas, invirtiendo después su importe en sólidos valores industriales. Era hormiguista que ahorraba para la vejez.

Aquel día, después de actuar en la función, hallábase con su buena amiga Annie, su compañera de siempre. Tenía que ir a cenar con un príncipe ruso que estaba loco por ella y que como anuncio de su visita le enviaba magníficas joyas.

—¡Estoy cansada de veras! — le dijo a Annie —. Pero he de cumplir con todos mis compromisos.

—¿Cuánta alhaja! Podrías poner un escaparate.

—Todas falsas, imitando perfectamente a las auténticas. Las estoy convirtiendo en dinero. Pienso retirarme pronto.

—No me hagas reír.

—No te engaño. Me retiraré a un lugar seguro.

—¿Dónde pasas los sábados por la noche, ¿verdad?

—¡Si pudiera pasar allí toda la vida!

Después de contemplarse por última vez al espejo, salió.

En el corredor le aguardaba una grata sorpresa. Craig Cutting estaba allí, tan elegante como de costumbre, sólo que con un gesto levemente fatigado.

—¡Tony! Acabo de regresar de Europa y mi primera visita es para usted.

Se estrecharon las manos con efusión. Craig no había podido olvidar durante todos aquellos años a la hermosa criatura.

—La he visto trabajar.

—¿Le ha gustado?

—¡Es usted maravillosa! Trabaja como nunca.

Acercóse en aquel momento un secretario del príncipe ruso, anunciando que Su Alteza aguardaba en el automóvil.

—Dígale al príncipe que lo siento — se excusó Tony.

Miró sonriente a Craig, que, orgulloso por aquella preferencia, le dijo:

—¿Valgo yo más que la realeza?

—A veces...

—¿Quiere cenar conmigo?

—¿Por qué no? Vamos.

Y ella ordenó a su chofer:

—Vaya a casa. No lo necesito hasta mañana.



—Me recuerda siempre a usted.

Y señalando un perro lobo que estaba junto al conductor, agregó:

—¿No se acuerda, Craig, de ese perro? Es el que usted me regaló. Me recuerda siempre a usted.

—Gracias por el cumplido.

Riendo tomaron un taxi y se dirigieron a cenar a un restaurante de gran lujo.

Tony se mostró risueña, divertida, con gran desparpajo, procurando con sus risas llamar la atención. Quería disimular que sentía por Craig algo más que una buena amistad.

—¿Por qué tan amable?

—Quizás por la publicidad que ello me va a proporcionar. Mañana lo sabrá todo Nueva York.

—¿Por qué se empeña en parecer una niña mala cuando en realidad es una bellísima persona?

—Lo que deseo es mi carrera. ¿No le interesa mi profesión?

—Sólo me interesa usted.

—¡Bah! Yo sólo pienso en la celebridad. Desde que ocurrió aquello, mi vida no tiene otra norma que el arte.

Acercóse una vendedora de muñecas y Craig compró una para su amiga.

Una música tocaba una canción que Tony había puesto de moda en la ciudad.

Repentinamente Tony se puso triste.

—¿Llora? ¿Qué tiene usted?

—Nada en absoluto. Es un truco... teatral.

Pero en realidad lloraba de veras, un poco aturdida por la presencia de aquel caballero irreprochable que era Craig Cutting, que la miraba con turbación. Estaba segura de que aquel hombre la amaba y que lamentaba la vida de frivolidad de ella.

A media noche salieron del restaurante y ella se despidió con amabilidad.

—He pasado una noche encantadora, Craig... Hasta otra vez—dijo.

—¿Podré volverla a ver?

—Ya le avisaré.

Y subiendo al taxi, ordenó al chofer:

—Avenida del Parque, 900.

Pero apenas el coche había avanzado unos metros cuando dió esta contraorden:

—Calle del Oeste, 210.

Media hora después se encontraba en un pisito sencillo de la calle del Oeste, y se desnudaba rápidamente, metiéndose en la cama donde alguien dormía. Allí estaba su niño, su hijito, fruto de sus amores con Bob, criatura adorada, a quien sólo podía dedicar los sábados por la noche y el domingo... Los demás días a la vida, a la frivolidad, a ganar dinero... para poder retirarse pronto y vivir bien con el nene de su alma.

* * *

Al día siguiente, Tony se levantó temprano.

Lavó alegremente al nene, quien le dijo, con graciosa sonrisa:

—Yo te quiero más que tú a mí, mamá.

—¿Por qué?

—Porque yo no te lavo el cuello.

—¡Ah, picarón!

Pasó con él un día inolvidable y al atardecer tuvo que regresar de nuevo a su teatro para proseguir aquella vida alegre en apariencia, pero de la que se sentía fatigada.

A la otra noche, en un lujoso restaurante, situado cerca

del teatro donde actuaba Tony, dos hombres bien vestidos conferenciaban con gesto de preocupación.

El uno era Bob, que durante todos aquellos años había llevado una vida crapulosa, jamás había vuelto a pensar en su antigua esposa e ignoraba viviese su hija. Las malas compañías le habían llevado a una situación deplorable, pues para atender a sus gastos había falsificado un cheque.

El otro era su cómplice, hombre metido igualmente en ilícitos negocios.

—¡El cheque que me diste era falso! — le dijo, mientras tomaban unas copas de whiskey—. La policía te persigue.

—Bien, pero tú también eres culpable.

—Yo no firmé el cheque. Y en el Banco te dan hasta el lunes para que abones lo que debes. Si no, te denunciarán.

—¡Es terrible!

—Tal vez tu padre...

—No. Conozco como es. No me ayudará.

—Tienes que conseguir el dinero, sea como sea.

En tanto, Tony y su amiga Annie se disponían a ir a cenar en compañía de Craig y de otro amigo.

Pero antes de salir de su camarín, Tony telefoneó varias veces a su casa, preguntando por el niño.

—Ya has llamado tres veces esta noche — le dijo su amiga.

—Es que el niño está resfriado. Y sólo él me interesa en el mundo.

Fueron al restaurante con Craig y el otro amigo. El ambiente luminoso pareció convertir de nuevo a Tony en la muñequita frívola y alcohólica.

El amigo de Bob tocó un brazo de éste.

—Mira quién está aquí.

Bob había palidecido.

—Me acuerdo de ella—murmuró.

—Tú la hiciste famosa. Con aquel escándalo.

—Y la acompaña el mismo hombre. Su amante, sin duda. ¿Qué asco!

—¿No crees que te ayudaría?

—No sé...

—¿Por qué no pruebas? Háblale de dinero.

—Verás. Voy a saludarla.

Y con verdadero cinismo avanzó hacia la mesa de Tony y le dijo:

—¡Hola, Tony! ¿Cuánto tiempo sin verte!

La joven palideció. La presencia de aquel individuo, repugnante a sus ojos, la desconcertaba.

Craig reconoció a Bob y queriendo evitar una situación penosa a su amiguita, preguntó:

—¿Quieres bailar, Tony?

—¡Oh, sí!

Y levantándose y dejando chasqueado a Bob fué a bailar con el millonario.

—Gracias, Craig. Ha sido terrible. Jamás se me había acercado.

—Olvidele... No merece ni un pensamiento... Yo, en cambio, siento por usted tal adoración... ¿Por qué tan esquiva?

—No soy esquiva. Pero, ¿por qué se empeña en cosas que no pueden ser?

—La quiero, Tony. Desearía demostrarle mi amor, ya que es usted libre.

—No puedo amar a nadie.

—¿Quieres que nos encontremos mañana, donde podamos hablar?

—Bien, mañana por la tarde. En mi casa. Avenida del Parque, 900.

El amigo de Bob había oído aquella dirección y se apresuró a tomar nota de ello.

Después de la cena, Craig acompañó a Tony hasta su domicilio. Ignorabas que un individuo, montado en la rueda de recambio, les seguía.

Tony se despidió de Craig, simulando entrar en la casa. Pero apenas hubo marchado el coche, volvió a llamar otro taxi y ordenó al chófer:

—Calle del Oeste, 210.

El espía montó detrás y no tardó en averiguar que Tony pasaba la noche en el cuarto piso de aquella casa y telefonó inmediatamente la noticia a sus jefes. En la puerta figuraba el nombre de Bixby.

Bob y su amigo, deseosos de averiguar la verdadera vida de Tony y buscar algún medio para poder sacarle dinero, se encaminaron a aquella dirección.

Subieron al último piso, donde el nombre de Bixby les causaba extrañeza.

Bob intentó llamar, pero su amigo le rogó que no lo hiciera aún, pues era preferible hablar primero con Tony en su casa de la calle del Park. Si ella no se avenía a razones, entonces emplearían otros procedimientos.

Al día siguiente, Annie hablaba con su amiguita Tony, en la magnífica casa que ésta poseía en la Avenida del Parque.

—Estoy esperando a Craig.

—¿Le quieres?

—No sé.

—Te veo nerviosa. Sin duda le adoras. Y lo mereces. Pero no quiero que me encuentre aquí.

Apenas Annie hubo marchado, llamaron a la puerta y Tony, encendida de emoción, pensando en su entrevista con Craig, al que se daba cuenta de que amaba, corrió a abrir.

Retrocedió atemorizada al encontrarse frente a frente con Bob.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Sólo un momento — contestó burlón.

—Nada hemos de hablar.

—Pronto acabaremos si te pones en razón. Necesito dinero.

—¿Y vienes a mí?

—Papá rechusa ayudarme.

—¿Y crees que lo haré yo?

—Tú tienes dinero.

—Pero no para ti.

—Quizás tu amigo Bixby me lo dé.

—¿Bixby?

Se estremeció. ¿Es que aquel hombre conocía su secreto?

—Sí. Vive en la calle 210 del Oeste.

—No sirves ni para chantagista. ¡Sal de aquí!

—Adiós, hermosa. Quizás Bixby no piense como tú.

Apenas hubo desaparecido, Tony se vistió en un santiamén, haciéndose conducir a la calle del Oeste. La idea de que pudiera ocurrirle alguna cosa a su hijo, de que aquel malvado intentara quitárselo en venganza, la horrorizó.

Llegó a la casa y abrazando al niño, ordenó a Bixby, que éste era el nombre de la vieja doncella que cuidaba del pisito:

—¡Vámonos en seguida a casa!

Descendieron los tres y la sorpresa de Tony fué espantosa al ver en el rellano de la escalera a Bob y otro sujeto que la contemplaban con malicia.

Revisiéndose de un valor que le faltaba, ordenó a la doncella y al niño que avanzasen, mientras ella quedaba para hablar con los visitantes.

—¿Qué buscas aquí? ¿Por qué me sigues?

—Te presento a mi amigo Tom. Oye, ¿quieres que te llevemos en taxi?

—No, tengo mi auto.

—¿Y de quién es ese niño tan guapo?

—Es... nieto de la señora Bixby.

—¿Y qué haces tú aquí?

Cada vez más nerviosa, ella le dijo:

—Pues cada día acompaño a la señora Bixby y a su nieto a pasear.

—¡Qué buena!

El pequeño, impaciente, entró en la estancia y echándose en los brazos de Tony, murmuró:

—¿Pero, no nos vamos, mamá?

Temblo Tony... Su secreto estaba descubierto. Aquel hombre que tenía delante era el padre del niño. Pero un padre que les había abandonado, un padre cruel que carecía de todo derecho sobre su hijo y a quien, seguramente, no profesaba ningún amor.

—Conque mamá, ¿eh? —dijo Bob, riendo.

—Sí, su madre. ¿Y qué? Hemos terminado. Y si me sigues molestando voy a dar parte a la policía.

Marchó furiosa con el niño, y Bob, espíritu egoísta, a quien el amor paternal no parecía conmover, se limitó a murmurar:

—¡Adiós el dinero!

—¡Nada de eso! —exclamó su amigo—. Es nuestra gran ocasión.

—¿Cómo?

—¿No adivinas que es tu hijo?

—Lo supongo... —replicó iriamente.

—Tu padre puede quitarte el niño.

—No le interesa.

El niño le interesará siempre. No lo dudes. Y cuando Tony esté separada del niño, se avendrá pronto a razones para darte dinero.

—¿Pues es verdad?

—Voy a telefonetar a tu padre.

Y Bob, anquilosado por las pasiones más bajas, no vaciló en comerciar con su propio hijito.

Horas más tarde, Craig, que estaba presidiendo un Consejo de Administración, fué advertido por su criado de que la señorita Tony Landers descaba hablar con él.

Fué a la sala contigua donde estaba su amiguita que, llorosa, le dijo:

—Necesito su ayuda, Craig, y su consejo.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué tan alarmada?

Con frase breve y nerviosa explicó su secreto.

—... Y su padre es Bob. Y estoy segura que me lo quiere arrebatar. Acaba de ver al niño.

Craig le brindó su protección.

—Hay que evitarlo de todos modos. Bob no es digno de tener a su hijo.

Y telefoneó inmediatamente a una Agencia de vapores, encargando pasajes para la señorita Tony Landers y su hijo.

—Ustedes se marchan para Europa esta misma noche. Deje lo demás a mi cargo... y no se preocupe.

—¡Oh, Craig, usted sí que es un hombre admirable!

Y sin poder contener su gratitud, le dió un rápido beso, y medio sonriente, luego de haber dejado escapar el secreto de su amor.

Craig, turbado, pasóse la mano por el rostro... Ella le amaba y se estremeció de gozo.

Más tarde iría a Europa para reunirse con ella.

Pero de nada había de valer su protección. Cuando Tony llegó a su casa, el llanto y la actitud doliente de las doncellas le explicaron lo ocurrido.

—Vinieron dos hombres. Se llevaron al niño. Uno era el señor Bob North. Me empujaron... Yo no pude defenderme...

Tony se echó a llorar amargamente. ¡Ah! ¿Iban a separarle para siempre del hijo de su alma?

* * *

Se celebró la vista en la que el señor juez debía decidir a quién pertenecía en lo sucesivo el niño.

Tony asistía al acto con emoción, pendiente su felicidad de aquel fallo. Entre el público se hallaban Craig y Annie, animándola con su mirar.

A otro lado estaban Bob y su padre, que anhelaba tener en su casa a aquel niño, que era su propia sangre y ante el que, con ternuras de abuelo, se sentía hasta indulgente para con Bob.

El abogado de Tony defendía la necesidad de que el niño quedara en poder de su madre, aserto combatido por el letrado de la parte contraria, encaminado a demostrar que Tony llevaba una vida equívoca.

Este hombre, frío y duro en sus palabras, interrogó a Tony.

—¿El niño es hijo suyo?

—Sí.

—¿Dónde nació?

—En humilde cuna.

—¿No tenía usted dinero?

—Cuatro dólares.

—¿Pero es que su marido no la ayudaba?

—No. Me abandonó cuando más falta me hacía.

—¿Usted es actriz?

—Sí.

—¿Tiene otros medios de vida?

—No, señor.

—En los últimos dos años ha ganado usted unos setenta mil dólares. Y, sin embargo, ha ahorrado usted 125 mil. Éran regalo de sus admiradores, ¿eh? ¡Y esa es la vida



—Deje lo demás a mi cargo... y no se preocupe.

que llevar! ¿Y se atreve usted a pretender que le den su hijo?

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—¿Por qué niega? Usted aceptaba regalos... La base de su divorcio fué ya por haber aceptado dinero de otro hombre.

—¡No acepté nada! —protestó enérgicamente—. Tengo

derecho a mi hijo. Lo he cuidado con amor; le he apartado de todo cuanto pudiera dañarle. ¡Dadme a mi hijo!

El presidente reasumió los largos debates.

—Generalmente, en un caso así, el niño debe ser entregado a su madre.

Tony le miró con un sentimiento de gratitud. Pero el juez prosiguió con severidad:



—Vinieron dos hombres... Se llevaron al niño...

—Señorita Landers, su vida no nos concierne, pero como afecta al porvenir del niño, se lo entregaremos a su padre.

—¡No! ¡No! Eso es imposible. Imposible.

Por su imaginación pasó la idea de que su hijito fuera a parar a la familia North que le enseñaría a odiarla. Y lle-

vada de un sentimiento repentino y heroico, mintió con decisión, como recurso supremo:

—¡Roberto North no es su padre! ¡No es su padre!

La sensación era indescriptible.

—¡Señorita! — advirtió el presidente—. Lo que acaba usted de decir encierra una gravedad extraordinaria.

—¡Juro que es cierto!

—Debe probarlo inmediatamente, para no incurrir en calumnia y falso testimonio. ¿Quién es el padre de ese niño?

Tony quedó angustiada. Sus ojos giraron tristemente sobre el gentío, como buscando una luz guiadora. ¿Había mentido? Y ahora no podría probar esa mentira, no podría presentar otro padre...

Bob reía malévolamente, mientras su abogado proseguía gritando:

—¿Usted ha mentado? ¿Quién es el padre? ¿Quién? Su padre era Bob North.

Pero entonces, la joven, en su dolorido mirar tropezó con Craig que le hacía señas significativas de que le señalase a él como padre del niño.

Craig, en un arrebato de generoso desprendimiento, no tenía inconveniente, para salvar al niño y que quedara con su madre, en aceptar su paternidad.

Tony dudó, pero la cabeza de Craig seguía afirmando energicamente. Y cuando el presidente volvió por última vez a preguntarle quién era el padre, contestó con noble serenidad, mientras lágrimas de gratitud corrían por sus ojos:

—¡Es Craig Cutting!

Se levantó un rumor imponente. Bob y su padre hicieron gestos de protesta. Pero el presidente impuso silencio.

—No basta un nombre. Es preciso que lo pruebe.

—Si, lo probaré—dijo cada vez más decidida—. Craig fué el responsable de mi divorcio. ¿Es que no se acuerdan

ustedes de que mi marido me sorprendió con él dándome dinero? Este hijo es de Craig y mío.

No le importaba echarse barro con tal de lograr la compañía de su hijo.

Bob, furioso, quiso negar aquella aseveración, pero su padre, convencido por las palabras de Tony, manifestó que deseaba sobreseer la causa y que ya no quería al niño, puesto que Bob había sido engañado.

Terminó la vista. Y Tony, transida de emoción fué a caer en brazos de Craig para agradecer aquella generosidad, aquella ayuda tan oportuna y cordial.

Y cuando subieron al coche, para ir en busca del hijito, se abrazaron los dos, como prenda de amor, que iba a manifestarse solemnemente, casándose sin demora.

F I N

Números publicados:

1. La emisora fantasma
por Ralph Forbes.
2. Porque te quiero
por Nancy Carroll y John Boles.
3. Duro de pelar
por James Cagney
Mary Brian.
4. Central Park
por Joan Blondell
Wallace Ford.

Distribución para España:

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 10.-BARCELONA - Evaristo S. Miguel, 11.-MADRID

EDICIONES HISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS

TEL. 18551 - BARCELONA